

Antología de Oscurb



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Ética

Paraíso

Soneto tanguero

Breve ensayo sobre los poemas de amor

Cielo de guerra

La poesía en el barro de la vida

Cuando escuché al astrónomo informado - Walt Whitman

El tiempo y el universo

Enséñame a olvidarla

El pasado

Casi me pasa en el supermercado - Charles Bukowski

Tu alma con la mía

Incógnita sobre la felicidad

Haikus de Buenos Aires

El origen de la filosofía

El obelisco

La humanidad

Círculo y cruz

Enseñanzas

Al poeta del siglo XIII

Cementerio de la Chacarita

En un atardecer

Fábula para un perro

Por la mañana en la ciudad

La libertad

Las manos bajo la lluvia

Poema apologético

El país del no pasado

Ética

No se puede deducir una ética
(mucho menos crearla)
desde el arte
(mucho menos de una poesía).

Ah, ¿no me cree?
Pruebe usted mismo:
inténtelo ahora.

Paraíso

La verdad no es tolerable
para la mente humana.
Leer filosofía es
como morder la Manzana.

Soneto tanguero

Embarrada música bajo andante
que a paso de macho te va cantando
lo que día a día ella está penando:
melodía y contrabajo flotante.

Música de nuestro Río brillante
que armonías te va desempolvando;
que en milongas va a estar siempre sonando
cada vez que haya un porteño asonante.

Poesías de lo más inframundo,
del imposible universo alma humana;
el posible no futuro en el mundo

y la vejez que amenaza temprana.
De eso cantaban Pichuco y Edmundo:
del amor y nuestra luna profana.

Breve ensayo sobre los poemas de amor

Que poema de amor
no sea redundancia
es nuestra misión
o humilde tarea
como poetas
contemporáneos.

Cielo de guerra

Uno,
dos,
tres,
y así hasta cincuenta.

Cincuenta máquinas volantes
cruzan mi pueblo perdido
en medio de la montaña.

Sus humos negros
inundan el cielo
como una lluvia
triste y gris.

Las cuento a ellas
tirado en la escarcha
una tarde de enero
en el sur italiano.

Se mezclan con las nubes
de blanca inocencia
que desaparecen
entre sueños y dolor.

La poesía en el barro de la vida

Saquemos la poesía
al barro de la vida.
¿O fue ella acaso pensada
para encerrarse en bibliotecas?
¿O es acaso más bella
la flor de la maceta
que la que se encuentra libre
a la luz de la primavera?

Cuando escuché al astrónomo informado - Walt Whitman

Cuando escuché al astrónomo informado,
Cuando las pruebas, las figuras fueron ordenadas en columnas frente a mí,
Cuando me mostraron los esquemas y diagramas, para sumar, dividir y medirlos,
Cuando, sentado, escuché al astrónomo dar lección frente al gran aplauso del aula,
Cuán pronto me sentí inexplicablemente cansado y enfermo,
Hasta que levantándome despacio me fui a caminar por mi cuenta,
Por el místico y húmedo aire nocturno y, cada tanto,
Miré en silencio perfecto a las estrellas.

Poema original: *When I Heard the Learn'd Astronomer*, de Walt Whitman.

El tiempo y el universo

Cuando miro al espejo callado y traslúcido
veo a Heráclito sonriendo como orgulloso
de su eterna sabiduría; que al final
es además un conocimiento terrestre.

Pero cuando miro hacia el etéreo cielo
y veo a Parménides flotando inmutable
entre las sobrehumanas y blancas estrellas
pienso que al fin las paradojas son posibles.

Enséñame a olvidarla

"ROMEO: Enséñame a olvidarla."

Romeo y Julieta, Acto I, Escena I.

Pelo suelto y desarreglado;
se te ve feliz e inmutable
como una luna temprana
que amenaza el sol
de lo imperturbable;
que amenaza constante
mis mañanas y crepúsculos,
mi despierto soñar,
mi intranquilo dormir
y mi complejo despertar.

El pasado

El fugaz y leve pasado,
que en el hoy ya no ha sino sido,
queda perdido en el atrás
y oscurecido hasta el olvido:
lejos, fuera de la memoria.

Sin embargo el pasado avanza
implícita e indistintamente.
Gobierna nuestra voluntad
(quizás inevitablemente);
falacia de la libertad.

Delirio de la conciencia es
la multiplicidad del tiempo...
y la intrincada naturaleza
?tan pasajera como el viento?
de nuestra condición humana.

Casi me pasa en el supermercado - Charles Bukowski

Empujando mi carrito por el supermercado
hoy
se me ocurrió por un segundo
que podría empezar
a tirar las latas de los estantes y
también rollos de cocina, papel higiénico,
rollos de papel aluminio,
podría tirar naranjas, bananas, tomates
por el aire, podría agarrar latas de
cerveza de la sección refrigerada y
empezar a tomarlas, podría levantar
las polleras de las mujeres, agarrarles el culo,
podría correr y chocar mi carrito contra
la puerta vidriada...

Pero entonces me di cuenta de otra cosa:
la gente por lo general piensa las cosas
antes de hacerlas.

Seguí empujando mi carrito...

Una mujer en minifalda estaba
agachada en la sección de comida para mascotas.
Consideré seriamente ir y agarrarle
el culo.
Pero no lo hice, y seguí
andando.

Tenía todo lo que necesitaba y empujé
el carrito hasta la caja registradora.
Una chica en camisa roja con una
placa de identificación puesta
me esperaba.
La placa indicaba que su nombre era
"Robin."

Robin me miraba: "¿cómo está?"
preguntó.

"Bien", le dije.

Y entonces empezó a pasar mis
compras
sin tener la más mínima idea de que
el tipo parado ahí frente a ella
había estado hace dos minutos

a un agarre
del manicomio.

Poema original: *A Close Calle While Shopping*, de Charles Bukowski

Tu alma con la mía

Cuando la literatura degenera en palabras;
cuando eso suceda, será el fin de la poesía.
Mientras tanto, continuémos escribiendo, amando:
uniendo tu alma con la mía.

Incógnita sobre la felicidad

A veces me preocupa un poco
la idea de levantarme y no querer.
De despertarme un día en mi cama
y ya ser feliz, y no querer nada.

¿Sería esa una felicidad verdadera?
Sería una felicidad abúlica, vacía,
boba, inmaterial, sencilla, seca.
Pero, ¿felicidad al fin?

¿Será la felicidad acaso el fin último en la vida?

Haikus de Buenos Aires

Triste pasado
representa un oxímoron
inconfundible.

Qué le habrán hecho
?se pregunta Castillo?
a mi niñez.

Tinta roja es
un problema genial
y una pregunta.

El sabio tango
advierte con frecuencia
de esos errores.

Errores que
frecuentemente son
involuntarios.

Necesidad
de intentar recordar
el viejo barrio.

El gris ayer
del paredón lejano
no va a cesar.

Primeros años
son asunto de pocos
afortunados.

Feliz pasado
es una redundancia
obligatoria.

El origen de la filosofía

El hombre quieto se preguntaba
por qué hay algo, y no la nada;
por qué el sol, por qué la luna,
por qué la muerte, por qué el dolor.
Por qué no hay palabra que reúna
en una sola y firme sentencia
todo lo que siente, lo que piensa,
como en un simple y pleno color.

«¿Nos habrá moldeado un ser divino?».
«¿Existiremos por azar, por destino?».

El hombre creaba filosofía,
se asombraba, se espantaba,
de las preguntas no escapaba
y cada vez menos entendía.

«¿Qué habrá más allá de la muerte?».
«¿Reencarnaré? ¿Tendré esa suerte?».

El hombre sentía varias cosas
(inexplicables muchas de ellas):
algunas calmas, otras furiosas;
algunas simples, otras complejas.

El hombre quieto, ya anonadado,
miraba solitario el cielo estrellado.
Mientras pensaba había oscurecido.
No había extraído conclusión,
pero no se sentía fallido.
«No sé realmente qué es la verdad»,
le dijo al cielo crepuscular.
Y el eco de su voz, le pidió perdón.

El obelisco

Jamás habría de terminar si a usted yo le contase lo que he vislumbrado a lo largo de todos estos años, y todo a través de mi humilde y azarosa ventana: músicas, lenguajes, la industria automotriz, la publicidad cambiante, modas que fluyen interminables como el río griego.

Ah, podría escribir sin demasiado esfuerzo (solo por mencionar algo) un gran tratado de política; sobre cómo mantener el poder, sobre cómo perderlo. Me encuentro sin embargo más allá de toda tendencia y de toda corriente, ya que profeso la ética que inventaron las pirámides para todo monumento perdurable.

He también sabido durante este tiempo tolerar de manera inmutable los intentos arbitrarios que clamaron insolentemente por mi demolición. Debo confesar que llegaron a ponerme las primeras veces quizás un poco nervioso. Pero hoy ya no me inmutan: sé que esa posibilidad sería descartada muy rápidamente por mis amigos porteños.

Aun así, he notado que algunas de las personas que veía con regularidad han dejado de venir por aquí. Al ser ustedes muchos supongo que creen que no está dentro de mis posibilidades recordarlos a todos. Pero es mi trabajo hacerlo: a todos los he visto, y a todos los recuerdo.

A algunos los recuerdo, no obstante, con mucha mayor claridad. Había un militar moreno que aparecía de rato en rato con una señorita rubia en el balcón de ese edificio rosado tan peculiar que divisó allí a lo lejos. Mucha gente se juntaba a hablar con ellos. Me pregunto por qué ya no vendrán por aquí.

Ah, la vida humana es algo curiosa, realmente extraña. Cada tanto viven, luego ya no. He sabido comprender las más complejas ecuaciones, las más intrincadas estrategias militares y los más escurridizos modelos arquitectónicos. Aún así, no me ha sido develado qué es aquello que se llama muerte...

Creo que me he extendido demasiado por ahora. Como verá, no acostumbro a dar este tipo de entrevistas. Debo enfocarme exclusivamente a mi modesta labor de centinela. Usted quizás no me note, pero yo lo veré entrar al teatro, o a una pizzería, o leer en una librería, siempre escuchando desde aquí arriba el rumor de la ciudad.

La humanidad

Contemple a la gente pasar
vestida de traje, apurada para llegar al trabajo.
Mire detenidamente a la gente pasar
y dígame qué son.
¿Son polvo de estrellas?
¿Son nervios e impulsos que se mueven?
¿Son máquinas de desear?
¿Son almas atrapadas en
camisas y pantalones?
Mire a la gente corriendo,
transpirando e insultando.
Mírelos y diga si no le causan
una especie de tierno sopor.
Dígame si no le causan
como un gélido asombro.

Dígame, si sabe,
qué los hace, por qué son,
por qué ellos y no otros.

Cuénteme (y sea sincero)
si usted no es acaso como ellos,
si no comparte su naturaleza.

Ya sé que no sabe.

Yo, debo confesar:
sí soy. Soy eso.
Soy así:
demasiado humano.

Círculo y cruz

«Entonces, ¿qué hemos de elegir? ¿El peso o la levedad?»

Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*.

Sentir que cada acción propia
tiene el peso de todas las acciones
es nuestra condena.

Saber que cada acción propia
es tan leve como el vacío etéreo
es nuestra paradoja.

Enseñanzas

Me gusta tu forma de sentir la brisa
y de sentir las cosas
y de sentirme a mí.

Me gusta tu forma de soltar la risa
y de soltar las cosas
y de soltarme a mí.

Me gusta tu forma de mirar la vida
y de mirar las cosas
y de mirarme a mí.

Me gusta tu forma
(para qué negarlo)
de vivir.

De vivir sintiendo;
de vivir soltando;
de vivir mirando.

Si no te molesta
quiero quedarme a tu lado
para que me enseñes todo
a mí.

Al poeta del siglo XIII

Un hombre feudal, que sueña en cristianos e infieles,
se sienta y ve. Sus múltiples fantasmas escriben
sobre una mesa simple y caótica en papeles
los versos más profundos, que al humano describen.

Sabe (o le han contado) que este mundo es transitorio.
Aun así, sus inquietudes son universales:
se representa lo que es el cielo, el purgatorio,
el infierno con sus estructuras verticales.

Afuera de su casa, en el pueblo de Ravena,
los comunes se asombran de su conocimiento
metafísico, de su sabiduría helena,

de su experimentada alma y de su pensamiento.
Sin saberlo, el poeta padece una condena:
está en su destino inventar el renacimiento.

Cementerio de la Chacarita

Desde la pizzería de enfrente
se pueden ver las paredes
del viejo cementerio.
Ahí es donde pienso:

enterradas
junto al pasado del tango
se encuentran mis cenizas;

reposando en un lugar
entre infame y místico,
nacido para la muerte.

En un atardecer

Hoy la tristeza me invade.
Les pediría que me la perdonen,
como ya lo han hecho antes.
Pero, ¿qué sentido tiene?
De cualquier manera
esta vez no puedo justificarla.
A ella, a esa tristeza, irracional,
tan descarada, tan insolente,
que acurruca su seno frente a mí,
que me invade la sangre,
que revienta mis ojos,
que frota sus lágrimas en mi cara.

¡Qué sentimiento inconfundible!
Porque puede mezclarse la felicidad
con un empacho, o con la vida.
Pero, ¡ay!... La tristeza...
Cuando la creemos más lejama,
es justamente cuando está más cerca.

Dicen que la tristeza es una ilusión,
mas una que dura toda la vida.
Ya está: mejor he de callarme:
no querría que se contagien.

Además,
cómo describirla, a ella,
a la maldita,
si no es
con mi silencio...

Fábula para un perro

Había una vez
dos humanos
y sus espadas.

Que sean tres:
una era mujer;
los otros peleaban.

Los otros peleaban,
mataban, sangraban,
morían, morían.

La mujer sola quedaba
y de soledad moría.
Ya nadie ladraba.

Ya nadie corría,
Ya nadie cazaba,
Nunca más.

Moraleja:
Los humanos tampoco saben leer.

Por la mañana en la ciudad

Son las tres
y todos callan;
y nadie calla;
y todos gritan.

El silencio
también es grito
en estos tiempos
de indiferencia.

¡Y qué ruido hace!

La libertad

Ah, injusta causalidad;
tus garras fueron a caer
en mi pálida conciencia;
en mi frente marchita
de incertidumbre.

Ah, injusticia si las hay.
El conocimiento
de la fría inmaterialidad
de nuestra pobre
(o inexistente)
libertad de acción.

Dios nos salve y proteja
porque ya no queda nada
más que sentarse
y esperar;
o actuar y esperar;
o pensar;
o ni siquiera pensar:
porque el pensamiento
también es causalidad.

Diga, señor, diga,
¿qué es usted acaso?
¿Qué piensa hoy?
¿Qué penso ayer?
No importa,
fue necesario.

¿Cree usted en el bien?
¿Cree usted en el mal?
No importa,
fue necesario.

Es extraño,
me enferma.

Todo ocurre
como causa y efecto.

¿Me están entendiendo?

Las manos bajo la lluvia

Verdadero será el día en que tus pálidos ojos
besen la luna bajo el manto lento del calor;
será el día en que observes caer la lluvia del cielo
y respires a Céfiro, que también es dolor.

Será un día en su ocaso: subirás en él tu rostro
en busca de las estrellas sobre un campo sin flor.
Tus manos estarán ansiosas, pidiendo la ayuda
que no encuentra ni busca la dulce luna de albor.

Te olvidarás para siempre de las ramas nacientes
que florecen marchitas como fruto del rencor.
Recordarás tu pasado con los pies en la tierra;
querrás llenar los dibujos carentes de color.

Y ahí esperaré yo: cercano como un un suspiro,
quieto como quien no puede contener el fervor.
Y te daré mi mano, firme, y contendré la tuya,
en esa circunstancia que llamaremos amor.

Poema apologético

Mi falta de sutileza desconoce límites;
mi gran carencia de amabilidad me desborda.
Las formas burguesas nunca fueron de mi agrado:
yo le diría a mi propia madre que está muy gorda.

Lo que es peculiar de todo esto es que sin embargo
esta vez no puedo evitar sentirme apenado.
He herido, me parece, a una persona que quiero,
y que la mayoría del tiempo es de mi agrado.

La persona en cuestión es una hermosa mujer
que sabe ser destinataria de mis poemas.
De poemas sinceros, de los del corazón,
no de los que utilizo yo como estratagemas.

A ella la herí por unas pocas muchas razones
que aquí no debería mi pluma mencionar.
Solo espero que esta mujer, con su alma gigante,
a este pequeño poeta pueda perdonar.

El país del no pasado

En otro país, en otro mundo,
con otra gente y otra historia,
los habitantes se entretienen
creando de cero su memoria.
Los albañiles hacen de médicos,
y los médicos, de escritores.
Tampoco faltan policías
que antes fueron grandes profesores.
Los jefes de Estado también cambian,
pero allí lo hacen todo el tiempo.
Y las novias son pasajeras
como simples ráfagas de viento.
Las esencias ahí no existen:
ellos inventan su pasado.
Porque, ¿qué esencia puede haber
dentro de algo que siempre ha cambiado?
Este cuento se va terminando.
¿Quién soy yo? ¿Y quién eres tú?
¡Nadie sabe! Habrá que buscarlo
de noche y de día, en norte y sur.